

DIRECTOR,
D. NICOLÁS FORT Y ROLDAN.

LA VELADA.

ADMINISTRADOR,
D. ENRIQUE SAN MARTIN.

PERIÓDICO LITERARIO.

AÑO I.

Madrid 5 de Diciembre de 1872.

NÚM. 1.º

LA VELADA.

No venimos á la vida pública con grandes aspiraciones ni exageradas esperanzas: modestos, como quien reconoce su pequenez, pocas palabras indicarán á nuestros lectores las intenciones todas que han de guiar nuestra pluma.

Hoy, que han llegado esas largas noches del invierno, deseáramos ocupar en la sociedad de nuestro pueblo el puesto de un amigo íntimo á quien se recibe con la sonrisa en los labios y la fe en el corazón. Deseáramos llenar esas tristes veladas de un sentimiento agitado, de una madre que arrulla á su hijo, de un niño que se duerme empezando á soñar medio despierto.

Pobres son los medios que tenemos para realizar nuestro pensamiento, la imaginación nada más... y sin embargo, esperamos algo, algo que nos ayude, algo que nos levante poco á poco para darnos esa vida que necesitan los jóvenes que empiezan á vivir.

Por la franqueza con que nos espresamos, nuestros lectores comprenderán fácilmente las ideas que nos dominan, y que en estas columnas no cabrá ninguna frase que pueda herir en lo más mínimo la susceptibilidad del hombre más exigente.

De todos modos, nos sometemos al fallo del público para quien escribimos.

SALUDO AL BELLO SEXO.

Ven rúbia de ojos azules,
niña del nevado cuello,
la del dorado cabello,
la de las trenzas de gules;
ven en vagorosos tules
hasta el pobre trovador
que por un ingrato amor
loco de pasión suspira;
ven á escuchar de mi lira
versos de dulce sabor.

Morena de planta breve
que parece que vacila,
cuya boca me aniquila,
cuyo acento me conmueve;
ven, si es que el aire te mueve
hasta el pobre trovador
que sufre el mismo dolor
si no te vé ó si te mira;
ven á escuchar de mi lira
dulces leyendas de amor.

Mujeres que en vuelo blando
por detrás de mi cortina
según el viento camina
vais perdidas, vais volando:
decidme, decidme: ¿cuándo
vagareis en derredor
si os promete el trovador
oyendo vuestros murmullos,
en vez de cantos arrullos,
por cada nota un rumor?

¡Oh! venid á mi aposento
y fijad vuestra pupila
en esa luz que vacila
por las ráfagas del viento.
Venid á oír el acento,
triste, vago, sepulcral,
de esa lluvia siempre igual
que las pizarras azota,
y más acá alguna gota
que resbala en un cristal.

Mientras el fuego chispea
y de una puerta vecina
la cerradura rechina,
siguiendo mi dulce idea:
¿quieres, niña, que te lea
ahogado por la emoción
la historia de un corazón
que no vive sino amando,
y que te vaya contando
lo tierno de su pasión?...

Por ti empezaré á olvidar
aquel pasado sufrir,
é intentaré sonreír,
ya que no puedo llorar.
Quisiera á mi acento dar
la languidez de una fuente,
la duda del inocente
á quien se mece en la cuna,
la vaguedad de la luna
que te ha besado en la frente.

Ven á mi pobre aposento,
que quiero ver si vacila
una perla en tu pupila
al finalizar mi cuento.
Ven á escuchar de mi acento,
nuevas leyendas de amor,
con ese vago dolor
con que en la noche serena
viendo la luz de una almena
se quejaba el trovador.

Y si mi voz te conmueve
y si tu labio se agita,
y si tu pecho palpita
tan solo á mi acento leve:



ven, que esta ficción se atreve
 á esperar el trovador;
 ven á aliviar su dolor,
 aunque se aumenta al mirarte;
 que yo te ofrezco contarte
 los ensueños de mi amor.

LA PESCA NOCTURNA.

I.

Cuando salíamos de la ría hacia una noche hermosísima: tan solo alguna que otra nube oscurecía levemente el espacio azulado.

Nada más hermoso en el Océano que una noche de verano. Encima de la barca el horizonte sin límites iluminado por la luna. Sobre nuestra cabeza este foco de luz, nítido, redondo, rodeado de una especie de aureola; más allá el cielo falto de color, transparente, sin mancha alguna; luego más oscuro, más limitado, interrumpido por el fulgor de alguna estrella, y en último término la oscuridad, el vacío, el cielo confundido con las aguas.

Debajo de la barca las ondas, moviéndose siempre con esa cadencia misteriosa que nos hace filosofar. El agua, reflejando caprichosamente la palidez de la luna agrandándola, encogiéndola, para estenderla y achicarla de nuevo; la ola que viene choca los costados, nos salpica de rocío y se vuelve á retirar en su ligera ondulacion, como satisfecha de su silencioso saludo; la brisa que gime en las lonas de nuestra barquilla; el salto de algun pez fuera del agua; el canto del pescador que vuelve á su vivienda, esa monotonía dulce y triste, incomprensible para quien no la ha oído en sus primeros años; alguna paviota que grazna al rasar la superficie del agua, buscando la presa que ha de llevar á sus hijuelos; esos ruidos de tierra, indefinibles, que nos parecen decir: no os alejéis mar adentro, alguien guarda en vuestra ausencia el hogar de vuestros padres; esos rumores, en fin, que se conciben y no pueden describirse, reasumían toda la belleza que rodeaba en aquel momento á la débil barquichuela, en cuyos banquillos representábamos ante la Creación lo que la gota de agua ante la inmensidad del Océano.

II.

La barca caminaba por sí sola. Los remos estaban colocados á lo largo de la nave. La pobrequilla se inclinaba dulcemente, impelida por la brisa de tierra que hinchaba nuestra vela.

Los pescadores se ocupaban en dar el último vistazo á sus redes, arrojadas por todas partes. Hablaban por monosílabos, y yo, dirigiendo la caña del timon, podía ensimismarme en las ideas que me agobiaban, sin temor de que nadie pudiese interrumpirme.

Miraba la palidez de la luna, y suponía que la transparencia del planeta era no más que una lágrima compasiva hácia nuestra pobre debilidad. Miraba el retrato de nuestra lona en el agua, y no podía menos de decirme cuán bello estaría en el cuadro de un pintor aquel punto blanco que se perdía á lo lejos, sin pensar que tan pequeño como era, reasumía un mundo de placeres, de infortunios tal vez. Veía aquellas aguas azuladas que se abrían á nuestro paso, rozaban la quilla de la barca, y volvía á unirse despues que habíamos pasado, en una ligera ondulacion, la estela de nuestra barquilla, y me decía que así era el recuerdo que dejábamos detrás de nosotros, recuerdo leve que se perdía despues de un corto instante. Y estos delirios, ensanchaban, es cierto, mi espíritu, pero oprimían mi corazón por otra parte.

Una mano que se apoyó en mis rodillas despertóme de aquellos ensueños, é hizo fijarme en la superficie del mar, donde me indicaba la observacion de los dos pescadores.

III.

Un curioso espectáculo se ofreció á mis miradas.

El agua parecía un espejo bruñido; más allá, es verdad, había un ligero oleaje, pero tan vago, que apenas se percibía en torno nuestro.

La limpidez del líquido era notable, como encerrado en un vaso de cristal. Se veían aquellos hilillos no confundidos nunca que se inclinaban dulcemente y volvían á levantarse, con esa ondulacion tranquila del pecho de una mujer. De vez en cuando, una roca temblaba en aquel hermoso *acuarium*, y despues veíamos brillar de nuevo en un fondo de arena menuda alguna que otra concha ó caracol de mar.

Pero entonces el agua tenía un movimiento más dulce, el movimiento de la vida; atravesando la quilla de nuestra barca, se veían llegar por todas partes una inmensa bandada de pececillos.

Mirando con algun cuidado se les veía acercarse, abriendo y cerrando la boca, moviendo la cola y aletas, inquietos y juguetones, y al encontrarse con la sombra de la embarcacion, asustarse, correr hácia el fondo, agitando su cuerpo convulsivamente, y perderse muy pronto en las algas verdosas. Los unos corrían detrás de un compañero que se volvía de pronto y los perseguía á su vez; los otros caminaban juntos, graves, haciendo igual número de inclinaciones; aquellos subían á la superficie, y asustados de un invisible enemigo volvían á ocupar su lugar en la tropa; quiénes, en busca de su alimento quizá, marchaban en otros sentidos, tropezando con las demás sardinetas que intentaban morderles á su paso.

La luna, penetrando á través de las aguas, iluminaba las escamas de aquellos seres afortunados, y nada más hermoso que verlos perseguirse, moverse, jugar materialmente. Más allá algunas estrellas de mar que se deslizaban solas, abandonadas á la lentitud de las corrientes y al fondo los *fucos*, que ora bajaban sus corolas obedeciendo al impulso de las ondas, ora tomaban la opuesta dirección, ejerciendo el derecho de su vida.

Figuraos—yo no os lo puedo describir—todas aquellas existencias, hacéd pasar sobre ellas unas aguas que las dibujan un momento para oscurecerlas más tarde y presentarlas de nuevo con la misma limpidez, y tendreis una idea aproximada del espectáculo que se ofrecia entonces á mis curiosas miradas.

Al cabo de algunos minutos se clarearon un tanto, y un momento despues cruzaban rápidas, fugitivas, algunas variedades de merluzas que perseguian el bullicioso enjambre de los pececillos.

(Continuará.)

CARMEN.

¿Quién no ha oido hablar en la capital de las espléndidas reuniones celebradas en casa de la marquesa viuda de A....?

La marquesa de A... recibia todos los jueves en su palacio á los que consideraba como sus amigos de confianza, para hacerles pasar unas noches deliciosas con las tiernas romanzas de sus encantadoras niñas, una tanda de walses de los más escogidos profesores, y una magnífica cena del mejor repostero de Madrid, que coronaba dignamente fiesta tan lucida.

Asistia de vez en cuando á estas reuniones, aunque no tenia el honor de contarme entre sus amigos de confianza; pero en fin, mi *talento natural*, mi *finura*, como decia la noble dama, parece que me daban derecho á gozar de estas intimidades de familia.

Hacia mucho tiempo que habia dejado de asistir, á pesar de sus bellezas, cuando tropecé en la calle con el hijo mayor de la marquesa, guapo y elegante pollo por cierto. Palmoteóme amigablemente el hombro como si nos hubiéramos criado juntos, y me instó repetidas veces á que no los dejase tan abandonados en las noches de reunion. Prometíle acudir en el próximo jueves, y creyendo que me entusiasmaba la noticia, me dió cuenta de que tendria el gusto de presentarme á una linda criolla acabada de llegar de la Habana. Fingí una alegría interior con la mayor naturalidad, y se marchó convencido de que me habia conmovido un poquito la llegada á España de la hermosa habanera.

Pero de todos modos, para cumplir los deberes de la buena sociedad, el jueves que nos habíamos citado penetraba en el elegante palacio de la marquesa viuda.

Sólo á grandes rasgos voy á daros una idea de los salones en que tenia lugar la amigable *soirée*.

El primero de ellos guardaba impreso el sello del lujo más severo, combinado con la más exquisita sencillez. Las paredes no tenian un solo cuadro: ocho columnas imitando el mármol y bronce, sostenian una bellissima techumbre delicadamente pintada. Dos majestuosas puertas con colgaduras de damasco daban entrada á los convidados, y frente á estas puertas estaban colocadas una serie de balcones, en cuyas penumbras habia tenido lugar más de una amorosa declaracion.

En los otros dos lados de la sala habia dos puertas secundarias: una comunicaba con el gabinete particular de las señoras y el espléndido *buffet*, y la otra daba paso á la sala de fumar.

Tanto el primero de estos salones como los secundarios, que no interesan para mi narracion, estaban alfombrados de un magnífico tapiz, y se alumbraban por soberbias arañas de cristal y plata.

En cuanto al mueblaje, hacédle digno de esta magnificencia, y os habreis aproximado un poco á la realidad de la escena.

Cuando llegué, eran las doce de la noche; habian tenido lugar los primeros rigodones, y la fiesta estaba en su espléndido apogeo. Saludé á la señora marquesa que, en union de sus hijas, hacia los honores con una cortesanía de las más delicadas, y busqué con la mirada á Eduardo, su hijo mayor, que corrió á mi encuentro tan luego como pudo avistarme.

—Oh, *mio caro*, dijo con esa volubilidad francesa que parece gustar tanto á los jóvenes de cierta edad: se ha detenido V. demasiado, olvidándose por lo visto de que le esperan con impaciencia en estos salones.

—Ignoraba que llegaría á ese punto mi felicidad, le contesté inclinándome ligeramente.

—¡Ah, Dios mío! ¿No se acuerda V. acaso de la bella criolla?

—¿Es posible? ¿Pudiera llegar mi fortuna á ser esperado por una dama que no tengo el honor de conocer?

—¿Y si ella le conociera á V., amigo mío?

—Perdóneme V., querido Eduardo; pero he tenido el mal pensamiento de creer que se burlaba de mí: ¡es tan extraño lo que V. me dice!...

—E indudable al mismo tiempo. Si bien no conoce á V. particularmente, las obras de un poeta pasan de mano en mano y rozan muchas veces los guantes de una bellissima polla. Carmen, este es el nombre de la habanera, ha leído las poesías de usted, y ha deseado conocer al autor. ¿Puede usted desear más?... Vamos, venga V. conmigo.

Le seguí con una satisfaccion que no pude disimular. Aquí para nosotros, amigos míos, os diré francamente, que desde el momento en que me veia alhagado en mi pasión favorita, sentí una simpatía extraña hácia la desconocida criolla. Una vez delante de ella, mi simpatía tomó un aspecto ménos ridículo—concededme el calificativo más exacto que puedo dar á mi egoismo.

(Se continuará.)

SECCION GENERAL.

Saludamos cordialmente á todos nuestros colegas de la prensa en general: reciban al mismo tiempo la expresion de nuestro agradecimiento

cuantos periódicos madrileños anunciaron en sus columnas la publicación de la presente Revista.

TEATROS.

El Teatro Español está de enhorabuena. Desde hace algunos años se notaba que las empresas de Madrid, para salir airoso de su empeño, tenían que acudir casi siempre al antiguo repertorio: las obras que de vez en cuando se estrenaban, no hacían más que pasar; gustaban, sí, pero se comprendía que no llegarían al próximo invierno.

La campaña teatral de 1872-73, en cambio, formará una verdadera época en la historia del arte dramático.

Después de una inacción vergonzosa entre nuestros primeros poetas, ha venido una reacción favorable que arrastrará indudablemente detrás de sí a todos cuantos jóvenes adoran las glorias de la escena y los laureles que el público rinde al talento de los buenos compositores.

Dos empresas líricas actúan en la temporada de 1872-73 en esta capital: la del Teatro Español y la del Teatro del Circo. Ambas luchan con el entusiasmo de su amor al arte; ambas caminan por esa senda segura que conduce a la realización de todas sus esperanzas.

La una, en el Circo, presenta en escena el drama de Antonio García Gutiérrez *Doña Urraca de Castilla*, ese cuadro del amor de una madre a un hijo que intentan asesinar, y la otra, en el Español, interpreta la comedia del propio autor *Crisólida y mariposa*, esa expansión del alma de un poeta que parece jugar con los recuerdos de su juventud.

La primera lleva a cabo la representación de la tragedia del Sr. Nuñez de Arce *El haz de leña*, en que la congoja del corazón hace borrar completamente la realidad de la historia, y la segunda se atreve a vulgarizar el *Hamlet* del inmortal Shakespeare con una inspiración del galano escritor D. Carlos Coello.

Y cuando la temporada lírica empieza de este modo, mucho, muchísimo se puede esperar de esa hermosa lucha entre el estudio de la una y la práctica de la otra empresa.

Adelante, pues, y la regeneración de nuestro teatro será un hecho consumado, debido en gran parte a esa especie de torneo artístico que no podemos menos de avivar.

NOMBRES DE MUJERES.

I.

Soy el nombre que sujeta
de una mujer la ilusión;
el pensamiento que inquieta
al hombre su corazón,
el cerebro á algún poeta.

Mis nombres, porque son dos,
aunque uno sea mi pecho,
llevan tal poder en pos,
que sin el primero, Dios
al mundo no hubiera hecho.

Soy grave, chistosa, loca,
y es tan pura mi belleza
y mi materia tan poca,
que se pierde mi pureza
en los pliegues de la boca.

Con otro nombre, señora,
soy del alcázar que encierra
riqueza deslumbradora:
¡es la joya que valora
las lágrimas de la tierra!

Y es, lector, mi solución
más bello que ese poder
que somete á la razón:
por el todo, en conclusión,
tengo un nombre de mujer.

II.

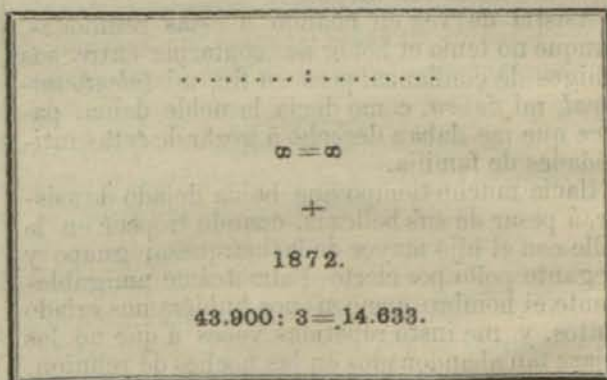
Soy el nombre de una dama
que raro á algunos parece,
nombre dulce que enloquece
muchas veces la razón.
Epiteto del delirio
que lanza el enamorado
cuando á unas plantas postrado
manifiesta su pasión.
Soy el sol de primavera
que hizo latir al poeta,
fantasma que no sujeta
con ridícula altivez;
sino que dejando vague
por la extensión del espacio,
le dá por cuna un palacio,
por vida su sencillez.
Soy el sueño de la vida
que en la realidad se tiene,
que ni sé de dónde viene,
ni concibo á dónde irá.
Imagen que me acaricia
cuando descanso en el lecho,
que á veces está en mi pecho,
é ignoro á veces dónde está...

CHARADA.

¿Te acuerdas en la noche silenciosa
cuando el dulce silencio rodeaba
la *tercia*, *cuarta* y *quinta* primorosa,
cómo mi voz muy *todo* te contaba
los más puros amores de la rosa,
que en un *cuarto* y *tercero* se encontraba,
mientras la *cuarta* y *quinta* allá á lo lejos
de la luna gozaba los reflejos?

¿Te acuerdas, no es verdad? Cuán dulcemente
pasaban nuestras horas de verano
dó *tercia* y *cuarta* el aura sonriente...
hoy busco el valle aquel, le busco en vano:
cayó en la *cuarta* y *quinta* la corriente,
no hay la casita aquella: todo es llano:
sólo la *cuarta* y dos grazna en estío
entre la *dos* y *quinta* del vacío.

GEROGLIFICO.



(Las soluciones en el próximo número.)

LA VELADA,

PERIÓDICO LITERARIO.

Se publica los días 5, 15 y 25 de cada mes.

Suscripción.

Tres meses en Madrid. 4 reales.

Trimestre en provincias. 5

Administración: Humilladero, 3, principal, donde
puede dirigirse la correspondencia.

IMPRENTA DE LA ASOCIACIÓN GENERAL DEL ARTE DE IMPRIMIR,
calle del Colmillo, número 8.